



www.loqueleo.es

© 2023, Ana Alonso

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-518-8

Depósito legal: M-31269-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

GRAVEDAD 1

ANA
ALONSO

loqueleg

—Ray, Sol... ¿Podéis venir un momento? Tenemos algo que deciros.

7

Mi hermana Sol retiró las manos de las teclas flotantes del vibrarmonio y se volvió hacia mi madre, que esperaba en el umbral de la terraza. Su silueta alta y menuda se recortaba a contraluz sobre el cielo azul claro del atardecer. Detrás de ella brillaba una de las esculturas flotantes de mi tía Mónica, hecha con los grandes tornillos oxidados de una nave de la primera generación y, más allá, las torres de pisos transparentes sobre el acantilado. El abuelo siempre decía que tenemos una de las mejores vistas de Tyr.

Lo echo tanto de menos...

Yo dejé con cuidado sobre la mesa la pintura en tres dimensiones que tenía que entregar al día siguiente en clase de diseño. El arte no es lo mío, y me había llevado toda la tarde dibujar aquel árbol contrahecho con varias capas de resinas líquidas. Más que un árbol, parecía un calamar terrestre de esos que salen en las películas.

—No entiendo por qué tenemos que perder el tiempo haciendo estas cosas —gruñí, poniéndome en pie con un suave rebote sobre el suelo de cristal—. Cualquiera IA lo hace mejor que nosotros. Estamos en 2523, no en la Edad Media.

—Ya lo entenderás. A su debido tiempo —dijo mi padre, que acababa de entrar en el salón.

8 Todavía traía puesta la túnica del trabajo, pero, por la expresión agotada de su rostro, comprendí que ya se había desconectado de Pansophos.

Tener un padre filósofo es una de las experiencias más desconcertantes del mundo. La mitad del tiempo (cuando está conectado a la red de sabiduría mixta artificial-humana de Pansophos) se comporta como una especie de monje budista iluminado e indiferente a todo. El resto del día es un señor en camiseta que se pasea despistado por la casa y te pregunta veinte veces qué tal en clase o qué hay para cenar. A mí me cae mejor el señor en camiseta, es más humano.

Se supone que algún día yo también tendré que llevar la túnica de Pansophos y conectarme a su red. Todos piensan que eso es una suerte, sobre todo mi hermana Sol, que no pasó el examen genético para optar a filósofa. Su puntuación fue tan rara que no creo que la dejen ni siquiera ser periodista, como mamá. Como mucho, podrá trabajar de recicladora, igual que la tía Mónica, que es hermana de mi padre.

A mí, la verdad, ser una terminal humana de la IA marciana más poderosa me parece un aburrimiento. Si lo sabes todo, a ver..., ¿qué te queda en la vida?

El abuelo me entendía, aunque no lo dijera abiertamente. Él podría haber formado parte de Pansophos y renunció. Hasta el día de su transición, se dedicó a entrenar colonos para las nuevas ciudades del cinturón de asteroides y a hacer pequeñas manualidades con vidrio y metales reciclados. «Prefiero las mentes biológicas», decía siempre. «Son más agradecidas que las artificiales».

Celebramos su transición al principio de este invierno, no hace todavía ni cinco meses. Antes de que devolvieran su cuerpo a la naturaleza, quiso que lo acompañásemos a ver por última vez el Monte Olympus. Dormimos a unos cien kilómetros de la base, en un refugio desde donde se pueden ver los veinticinco kilómetros de altura del volcán. Hacía mucho frío, pero a él no parecía importarle. Se empeñó en encender la chimenea del refugio (había pedido una licencia especial), y fue la primera vez que Sol y yo vimos el fuego. A veces, cuando estoy a punto de dormirme, recuerdo la esfera anaranjada de las llamas, sus movimientos fantasmales y el ruido casi imperceptible que hacían, como suspiros.

—Quien no ha visto el Monte Olympus no es un auténtico marciano —repetía el abuelo siempre.

—Entonces, ¿qué es? —le preguntaba yo riéndome.

Él se encogía de hombros.

—No sé. Un paria. Un sintierra. Alguien de quien no te puedes fiar.

Se le tensaba la mandíbula cuando decía eso.

En la terraza, la cena se estaba cocinando en los platos inteligentes sobre una mesa baja de madera. Por el

olor, parecía pasta de proteína marina. Las algas de la ensalada eran frescas, las había cogido mi madre un rato antes del huerto de pared de la cocina.

Me senté en la barandilla transparente de espaldas a la ciudad y me balanceé un poco adelante y atrás, como me gustaba hacer de pequeño.

—Para —dijo mi hermana—. ¿Es que quieres caerte?

10 A Sol le dan miedo las alturas. También le dan miedo los espacios abiertos sin cúpulas, los zoológicos virtuales, el fuego, el mar, los precipicios y los ruidos en medio de la noche. Si lo piensas, sería más rápido hacer una lista de las cosas que no le dan miedo que lo contrario.

—Queremos hablaros de las vacaciones. Este año van a ser un poco diferentes —comenzó mi padre—. Vamos a ir a un sitio... distinto. Sí. Muy distinto. Muy distinto de la aerocaravana en Noctis Labyrinthus. Qué bien lo pasamos, ¿eh? Como iba diciendo... Es complicado. Sigue tú, Eliana.

Aquel intento de explicación le había dejado exhausto. Su cerebro tardaba en resetearse cuando se desconectaba de la red, y se pasaba un par de horas distraído, incapaz de centrarse en nada.

—Gracias, Duncan. —Mi madre lo miró con un destello de preocupación, pero enseguida se volvió hacia nosotros—. La transición de mi padre ha sido dura para todos. Sé que lo queríais mucho. Y esto coincide con una misión especial de Pansophos que le han encargado a papá. Podría ir él solo, pero, para mí, es la oportunidad de hacer el reportaje de mi vida. Y de atar algunos cabos

sueltos del pasado, cosas que mi padre nunca llegó a explicarme. Así que hemos pensado..., ¿por qué no vamos los cuatro? Pansophos está dispuesta a financiar el viaje y puede ser una experiencia maravillosa también para vosotros.

—Espera... ¿Vamos a ir a Phlegra Montes?

Desde pequeño he querido visitar los jardines de Phlegra Montes, con sus extraños paisajes de hielo y agua líquida, pero es una reserva de la Aresfera y solo se puede entrar con permisos especiales.

—Yo no pienso ir a Phlegra Montes ni atada —protestó Sol—. ¡Están casi en el polo! Y, además, si no dejan que vaya la gente normal, será por algo.

—No vamos a ir a Phlegra Montes —dijo mi padre—. Es más lejos.

—No hay nada más lejos —repliqué—. A no ser que... ¿Una estación orbital?

—No. Más lejos. —Mi padre miró inseguro a mi madre—. A lo mejor no es buena idea. Deberíamos haberlos preparado...

—No hay tiempo. El lanzamiento es en dos semanas, lo tomamos o lo dejamos. Y no lo vamos a dejar. No estoy dispuesta. Ahora que ya me he hecho a la idea... No me mires así, Sol. Todos los adolescentes de Marte querían estar en vuestra piel. Vamos a viajar al viejo planeta Madre. ¡Nos vamos a la Tierra!

12 ¿Alguna vez os han propuesto pasar las vacaciones en un vertedero de residuos tóxicos? ¿O en una cloaca? ¿O en una mina de primera generación ruinoso y abandonada?

A mí la Tierra me sonaba a una mezcla de esas tres cosas.

Por supuesto, es el planeta Madre. Todos sabemos que, en su día, debió de ser un sitio espectacular. Salvaje y peligroso, pero bonito a su manera. Y las antiguas ciudades humanas, que la gente construía a lo loco, y luego se destruían en guerras sin sentido, y se volvían a construir... Suenan a mundo legendario de novela inmersiva. Todos lo hemos visitado alguna vez jugando a Antica o alguna de sus muchas secuelas en nuestras consolas de realidad virtual. Pero, en serio..., ¿alguien que no esté rematadamente loco puede estar interesado en meterse de verdad en un escenario de videojuego?

Pues parece que sí. Toda mi familia.

Y lo más irritante es que eso incluye a Sol. La miedosa de Sol, que no puede acercarse ni a la barandilla de la

terraza sin pegar un chillido, que en la excursión con el abuelo al Monte Olympus vomitó después de ver el fuego y tuvo pesadillas toda la noche... Ahora resulta que está encantada con la idea de pasar un mes dentro de una lata flotante para terminar en un planeta recalentado, contaminado y hostil donde cada uno de nosotros pesará tres veces más que en Marte. Dice que va a ser «curioso».

Estábamos los dos sentados en la arena roja de la playa de Har Decher, frente al mar Borealis. Mi padre y mi madre habían ido a poner las últimas firmas biométricas en los documentos para el viaje. Llevábamos monos ultratérmicos y mascarillas con suministro de oxígeno para poder permanecer más de una hora en el exterior. Son situaciones que a Sol, generalmente, la ponen muy nerviosa. Pero allí en la playa parecía relajada, casi contenta.

—¿Iremos a París? ¿Y a Londres? He leído mucho sobre esos sitios.

Sol es de las que todavía prefiere una novela hecha de palabras a una novela inmersiva. Así se imagina los escenarios como le da la gana. No sé, para mí es demasiado esfuerzo, no tengo tanta imaginación.

—Los verdaderos Londres y París no son como en tus libros —le espeté de mal humor—. ¿Qué te crees, que vas a encontrarte a la gente bailando bajo los árboles al son del acordeón y las tiendas de moda de lujo o las cafeterías con mesitas y sillas en la calle? Esos sitios no son más que ruinas vacías. Ni siquiera creo que nos dejen visitarlos. Además, no vamos a eso.

—Papá va a recopilar datos de los últimos cambios terrestres para Pansophos. Si esas ciudades han cambiado, tendremos que ir a verlas.

—No creo que hayan cambiado. No creo que nada haya cambiado. La Tierra es un planeta muerto.

Sol me miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices eso? Todavía viven allí millones de personas. Y otros seres vivos. Animales... Algo que aquí no tenemos.

14 —Esa gente no vive, sobrevive. Están allí porque no tienen ningún sitio adonde ir. No me mires así, yo lo siento por ellos. Es injusto... Pero ¿de verdad hace falta mandar a una persona a ver todo eso? ¿No pueden hacerlo con IA? Y nosotros de acompañantes, para rematar.

—Quieren la perspectiva humana. Para eso existe Pansophos, para no perder el enfoque humano. Mamá tiene razón, es una oportunidad increíble.

—Para tener cinco años, eres asquerosamente madura —bufé, y no lo dije en plan amable.

Sol prefirió fingir que no captaba mi hostilidad.

—Cinco años y medio —me corrigió.

Nos quedamos callados mirando el mar. Las velas solares de los barcos deportivos brillaban como si fueran de plata. El cielo tenía una tonalidad amarillenta y el mar era azul oscuro con reflejos verdosos allí donde rompía alguna ola.

—¿Has pensado que, en la Tierra, eso serían once años? —dijo, rompiendo el silencio—. Un año terrestre es casi la mitad que el nuestro.

—Nuestro año es 1,88 veces más largo, sí. O sea, que yo, que acabo de cumplir ocho..., tengo unos quince años terrestres.

Sol asintió. Pensativa, hundió la mano derecha en la arena roja, levantando una nube de granitos que flotaron en el aire antes de ir depositándose de nuevo sobre la playa.

—Allí todavía existe la vejez —murmuró—. Eso sí me va a impresionar. ¿Crees que nos arrugaremos y nos encogeremos?

—Solo vamos a estar un verano terrestre, que es como medio verano de aquí. No creo que nos dé tiempo a envejecer. Además, con todas las vacunas que nos han puesto... Estamos blindados, no te preocupes por eso.

—No existe vacuna para el envejecimiento. Allí el sol calienta mucho más. Los rayos UVA... Y mamá ha dicho que no podemos usar la ropa inteligente de aquí. Hay que mantener un perfil bajo.

—Bueno, más divertido, ¿no? Iremos disfrazados de terrestres —contesté sonriendo.

En ese momento me entró la vena protectora. Me fastidiaba ver a Sol ilusionada con el viaje como una inconsciente, pero la verdad es que no quería arrastrarla a mi pesimismo. Habría sido demasiada carga.

Además, todo aquello del perfil bajo que nos había explicado mi madre me daba mala espina. ¿En serio pretenden que nos hagamos pasar por terrestres? Tenemos altura marciana, largos y flexibles músculos marcianos, piel clara marciana... Cuando se lo dije a mi padre, estaba

conectado a Pansophos. Me contestó con una explicación larguísima sobre la enorme variedad de fenotipos humanos terrestres en comparación con la uniformidad marciana.

—No he entendido casi nada de lo que me has dicho —tuve que reconocer al final.

Mi madre, que andaba por allí, me lo aclaró en pocas palabras.

16

—Quiere decir que en la Tierra hay gente de todas clases: altos, bajos, morenos, blancos, gruesos, flacos, viejos y jóvenes... Todas las combinaciones de características que te puedas imaginar existen. Así que nadie va a pensar que somos raros. ¡Todo el mundo lo es!

—Pero ¿por qué no podemos decir que somos marcianos? ¿Es que nos matarían o algo así?

Lo pregunté por hacer la gracia, pero mi madre no se rio.

—Es un planeta complicado —dijo—. Mejor no arriesgarse. Hay que tomar precauciones. Además, tenemos motivos para creer que las cosas están cambiando mucho por allí últimamente. Como no están conectados a Pansophos ni a ninguna gran IA, no lo sabemos con certeza. A eso vamos precisamente, a averiguar qué está pasando. Bueno, vosotros no. Vosotros vais de vacaciones, a disfrutar y a relajarnos.

Unas vacaciones donde te obligan a ir disfrazado porque, si no, te juegas la vida no suenan muy relajantes, pero ya había comprobado que no servía de nada discutir.

En la playa, mientras Sol jugaba a levantar nubecillas de arena que se quedaban flotando a su alrededor, me

acordé de otra cosa que, al plantear el viaje, nadie había mencionado.

—¿Tú crees que todo esto tiene que ver con la abuela? —pregunté—. Rebeca, la madre de mamá. Murió en la Tierra.

—Lo he pensado. A lo mejor, después de morir el abuelo, a mamá le han entrado ganas de ver también el lugar donde murió su madre. Allí a los muertos los entierran en el suelo y ponen esculturas encima. Es un poco siniestro.

—Pero la abuela murió en un ataque de guerrilleros terrestres medioambientales. Y no encontraron su cuerpo —recordé.

Sol se tumbó hacia atrás en la arena y clavó la mirada en el punto plateado de Deimos, que quedaba justo sobre nosotros.

—Ojalá me dejaran conectarme a Pansophos —murmuró—. Así lo sabría todo y nunca tendría miedo.

Esa misma tarde nos llevaron al puerto espacial a ver la nave. No estaba en la sección de vuelos comerciales, sino en el sector privado. Desde una plataforma elevada, podíamos ver la mezcla de vehículos de todas clases para viajes turísticos orbitales, misiones al cinturón de asteroides y a los satélites de Júpiter, y cohetes de transporte para ir a la Tierra.

—La nuestra es esa, la tercera de la fila de la derecha —dijo mamá apuntando hacia una especie de tornillo

oxidado gigante—. Se llama Terra Rustica. Tiene su encanto, ¿verdad?

Me fijé en que la superficie exhibía algunos parches metálicos aquí y allá, y unas cuantas abolladuras. El nombre figuraba en la parte delantera, justo debajo del visor de tripulación. Terra Rustica... y, al lado, un trébol de cuatro hojas de un color verde sucio y con los bordes medio borrados.

18

—No lo dirás en serio. Parece una nave de un videojuego de los primeros colonos —dije, casi sin voz—. ¡No podemos ir ahí!

—Es de fabricación terrestre —confirmó mi padre, que estaba conectado y todo lo veía bien—. Un modelo de hace 75 años para transporte familiar. Es la única de aquella serie que se mantiene en funcionamiento, pero ha estado bien cuidada.

—Es un cascarón oxidado —dijo mi hermana—. No creo que pueda ni despegar...

—Despegará. Tiene un motor de fusión de los antiguos, económico y fiable —soltó mamá, como si ella fuera una experta—. Y el trébol de cuatro hojas significa que traspasó el límite de las cien travesías entre Marte y la Tierra. Para los terrícolas, eso quiere decir que es un cacharro con suerte.